

(Sale el Ladrón y la Gitana.)

¿Qué diablos me llevas en palabras, gitanilla, de que has de poner en las manos un hurto de consideración, y ha más de un mes que jamás hemos hurtado de diez blancas arriba?

Calla, que sí ; yo estoy fuera de mí, y te he de poner en las manos la ropa del corregidor, como bien verás.

¿La ropa del corregidor? Pues ¿es posible eso?

¡Cómo! Ven tras mí y sígueme, y decirte he la traza que hemos de tener.

Ahora bien, anda acá.

(Éntrame éstos y sale el Corregidor.)

Por cierto que digo verdad que es el mayor trabajo que hay en esta vida estar un hombre con mal servicio en su casa. Dígolo por mí, que me sirve un viejo flemático del diablo que me hace perder la paciencia si le quiero mandar algo; y le hubiera ya despedido de casa si no fuera porque lo tengo por hombre muy fiel, y ansí por eso lo sufro. Ahora bien, quiérollo llamar y decirle que, si ha mirado la casa, que me he de mudar, y qué le parece della. ¡Ah. Pedro Hernández, Pedro Hernández! ¡Qué digo! ¿No lo oís? Es perder la paciencia realmente, porque él ahora estará en lo más íntimo rincón de la casa espulgándose o haciendo alguna cosa desas, o remendándose las calzas. ¡Ah. Pedro Hernández!

¿Qué manda, señor?

Salí acá, pecador de mí, que ha una hora que os estoy llamando.

Acaba, salí; ¿qué estáis haciendo allá dentro, por vuestra vida?

Señor, ya voy, que me estoy sorbiendo un huevo.

¡Oh, qué flema de hombre! Acaba de salir.

Sale Pedro Hernández, también con vara de alguacil.

Ea, señor; ya estoy acá fuera; ¿qué es lo que quiere?

¿Qué os parece, por vuestra vida, Pedro Hernández, de la casa que me he de mudar? ¿No tiene buenos entresuelos, buenos porches, buenas ozoteas y barandas y buenas caballerizas?

Bien cabremos todos.

Cabréis vos, que sois un asno. Yo no os pregunto que si cabremos, sino si tiene alguna falta.

Sí, señor, una falta tiene notable.

Pues ¿qué falta, por vuestra vida?

Señor, es inhabitable; no se puede vivir en ella.

¿Y qué falta es esa?

Señor, está en tierra.

Pues ¿ha de estar en el cielo o en la región del aire? ¡Válame Dios, cuan poco sabéis! Un hombre como vos, que tiene tantos años como una albarda vieja, ha de decir eso.

Otra falta tiene, señor, muy notable, que sólo por eso no se puede estar en ella.

¿Y es la falta?...

Señor, que los perros del rey don Hernando se meaban en las paredes de la casa, y no se puede estar de mal olor que lanza.

Pues ha que murió el rey don Fernando cien años y más, ¿y había de durar el olor aquí agora?

Pues, señor, yo no le sé otra falta.

(Tocan a la puerta, y son el Ladrón y la Gitana.)

¡Ah de casa! ¿Quién está en esta casa?

Pedro Hernández, mira que llaman.

¿Cómo, señor?

Que llaman a nuestra puerta.

Sí que no debe ser a nuestra puerta.

Sí es a nuestra puerta; ¿no veis que están quebrando la puerta?

Qué, ¿no hay nadie en esta casa? ¿No está aquí el señor corregidor?

Corre presto; abre, Pedro Hernández, que están dando a la puerta voces.

Ea, mire bien si tocan a la nuestra puerta, no sea a la de algún vecino.

¡Oh, que hombre tan flemático ! Acaba, abrí, que a la puerta de nuestra casa tocan.

Señor, asegúrese bien si tocan a la puerta de nuestra casa.

¡Ah de casa! ¿Qué, nadie responde?

¿Veislo? Acaba, salí y abrí esa puerta. ¿Quién es y qué quiere?

Ea, ¿quién está ahí?

¿Está en casa el señor corregideros, corregideros, corregideros?

Esperaos. ¡Ah, señor!

¿Qué queréis?

Dicen que si está en casa.

¿Quién?

Vuesa merced.

Pues ¿no lo veis que estoy en casa? ¡Válame Dios y qué hombre tan simple! Decid que sí, que en casa estoy.

Asigure bien si está en casa.

Dígoos que estoy en casa. Decildes que entren.

Ea, acaba; entra si queréis.

(Entra la Gitana y el Ladrón.)

Señor corregidor, aquí le vengo a vuesa merced a pedir justicia.

Mire vuesa merced que yo soy hija de una pobre labradora, y tenemos unas gallinas, y he sacado a vender unos huevos al mercado, y este mal hombre que viene conmigo hame concertado que me ha de pagar los huevos a veinte y cinco dineros la docena, y agora no me los quiere pagar sino a veinte y cuatro. Señor corregidor, que me azotará mi madre.

¡Justicia de Dios, señor corregidor!, que sacan al mercado unos huevos podridos que es vergüenza, y que paguen doce a veinte y cuatro son muy bien pagados.

¡Bueno es eso! ¿Vos no se los habéis concertado que los habéis de pagar a veinte y cinco? Acaba; pagaldos como los habéis concertado.

Digo, señor, que no lo pagaré tal.

¡Hola! Pedro Hernández, llevalde luego a la cárcel, presto.

Ea, venga a la cárcel.

Yo no quiero; ¿á qué tengo de ir a la cárcel?

Señor, dice que no quiere ir.

Pues ¿vos habéis de mirar a si quiere o no? Asilde de los cabezones y llevalde presto a la cárcel, y veamos si querrá o no.

Ea, acabe; venga; ¿qué quiere decir no?

(Éntranse el Ladrón y Pedro Hernández.)

Ahora veamos si se han de burlar los hombres de los pobres labradores ni de nadie. ¡Bueno está, en verdad, que concierte de pagarle a la pobre mujer los huevos a veinte y cinco, y después que no los quieran pagar sino a veinte y cuatro!

(Vuelve a salir Pedro Hernández.)

Y pues, Pedro Hernández, ¿queda el hombre ya a buen recado?

Ya queda.

¿Cómo que queda? ¿No le habéis hecho poner grillos y alguna cadena, y le habéis encargado al carcelero que tenga cuenta con él?

Ya queda.

¿Cómo que queda? ¿Adónde queda?

En San Francisco.

¿En San Francisco? Pues ¿os digo que le llevéis a la cárcel y lo dejáis entrar en San Francisco?

Dijo que había de hablar con un fraile.

Pues aunque más dijera. ¡Ah, hombre bestia y simple, con una carga de años a cuestas, que caiga en esa ignorancia! Ahora bien, entra allá dentro y sácame la capa, la espada y la vara, que yo me habré de llegar allá.

¿Qué he de sacar, señor?

¿Qué?, ¿aún no lo habéis entendido? La capa, la espada y la vara: presto.

La capa, la espada...

Y la vara.

La vara, la capa...

Y la espada, hombre del diablo, que aún no lo acabáis de entender.

Ya, ya lo entiendo, señor, ya voy; la capa y la espada...

Y la vara. Acaba presto. (Entra Pedro Hernández por lo que le piden.) ¿No acabáis, Pedro Hernández, de sacar eso?

Ya voy, señor.

(Saca Pedro Hernández espada y capa y vara, y lánzalo todo a los pies del Corregidor, y el Corregidor se quita la ropa de casa y la coge la Gitana, y se va con ella sin ser vista.)

Pues ¿qué modo de darme la capa es ese, Pedro Hernández? ¿Así lo dejáis todo en el suelo?

Pues ¡si no hay ningún poyo!...

Pues ¿por fuerza ha de haber poyo, que no me la podéis poner? Acaba; ponémela. (Arrima Pedro Hernández la vara a las espaldas del Corregidor, y sube después encima la capa, ensuciándola toda, y después la toma y la saca de ahí y la pone al Corregidor encima de la vara, y dale la espada para que se ciña.) Por cierto, Pedro Hernández, que vos lo hacéis de una manera que es vergüenza de veros. Acaba, dadme la vara.

¿La vara, señor?

Sí, vara; ¿no la habéis sacado?

Sí, señor, ya la saqué, y no sé adonde me la he puesto.

Pues ¿qué la habéis hecho?

¡Oh!, aquí está, señor, que yo la había arrimado a sus espaldas.

¡Mira en dónde la había puesto! Acaba; entra esa ropa que me he quitado allá dentro.

¿La ropa, señor? ¿Adonde está?

Aquí está, que agora me la he quitado.

Yo no la veo ni parece.

¿No la habéis entrado, acaso, allá dentro?

Yo, señor, no la he tocado, cuanto más entrado allá dentro.

¿Qué se ha hecho aquella mujer que estaba aquí?

No sé cierto, señor.

Vaya, que ella se me lleva mi ropa. Ahora conozco que éstos eran ladrones. Pues ¿a mí con eso? Ahora bien; Pedro Hernández, vos habéis de salir corriendo y a llamarme aquí a todos los alguaciles;

y vos daréis una vuelta por la plaza, y veréis si acaso hallareis algún rastro de mi ropa; y esto con diligencia.

Ya voy, señor. (Váse Pedro Hernández.)

Pues ¿á mí con eso, señores ladrones? Ahora digo que he de hacer un castigo ejemplar, si ellos viniesen a mis manos.

(Entran tres Alguaciles.)

¿Qué nos manda el señor corregidor que hagamos, que nos ha enviado a llamar con Pedro Hernández?

Señores, a mí me han hurtado mi ropa de levantar, la que llevo por casa, y esto se ha de castigar y dar orden de hallar a los ladrones.

¿Y no tiene vuesa merced sospecha de nadie?

Una mujercilla vino aquí con un pleito de unos huevos, y mujer ha sido o diablo, que no sé cómo se nos ha desaparecido de entre las manos.

¡Bueno está eso por cierto!

(Toca a la puerta la Gitana en un manto cubierta.)

(Dentro.) ¡Ah de casa!

¿Quién está ahí?

Yo soy, señor, que quiero hablar una palabra al señor corregidor. Entreveamos lo que ella querrá.

(Entra la Gitana.)

Señor corregidor, yo tengo entendido que a vuesa merced le han hurtado la ropa, y yo he visto en la plaza a una mujer que la vendía, y un alguacil viejo vi que, porque la mujer no la vendiera en este lugar donde había de ser conocida luego, le dio a la mujer dineros para que pasase a otro lugar a venderla.

¡Que esto pase! ¿Quién puede ser, que todos los alguaciles están aquí? Sólo Pedro Hernández falta. Ya sé lo ques. Vaya, que Pedro Hernández el que daba los dineros. Ahora bien, ya tengo esperanza de cobrar mi ropa; y por el cuidado que habéis tenido vos, buena mujer, toma para una toca.

Beso a vuesa merced las manos. (Váse.)

¡Que eso pase! ¡Bueno es por vida mía! De quien yo más confianzas tengo y lo tengo en mi casa, ¿ese me anda en esos tratos?

(Entra Pedro Hernández.)

Señor, ni parece la mujer ni la ropa, y he mirado por todo el pueblo de cabo a cabo y no se halla.

¿De manera, Pedro Hernández, que vos habéis dado dineros a la mujer que me hurtó la ropa, porque no la vendiera aquí, sino que pasase a otra parte adonde no fuese conocida? Eso es dar a entender que vos teníais concierto con la mujer para que la hurtase, o que ya que eso no sea, que no queréis que se venda en este lugar, porque no vuelva la ropa a mi poder.

¿Quién dice que yo he dado dineros a la mujer?

Aquí me lo han venido a decir que lo habéis hecho delante toda la plaza.

Pues dígalo toda la plaza, y tómenlos a todos los que había en juramento, y cuando ellos digan y juren que yo lo he hecho, yo digo que mienten.

Ahora, señor, el negocio es este: que ya de hoy más son acabados cuentos. Hoy podéis mandar como mi persona misma, pero mañana habéis de arrimar la vara.

Acabóse.

Pues acabóse.

Acabóse.

Pues acabóse.

¿De manera, señor, que hoy yo mando, y mañana ya acabóse?

Sí, señor. Hoy vos mandáis y podéis hacer y deshacer; pero mañana acabóse, porque habéis de arrimar la vara.

Pues vos, alguacil mayor, arrima hoy la vara.

Pues ¿por qué he de arrimar la vara?

Ea, acaba, que hoy yo mando: arrime.

Mire, señor Pedro Hernández, que soy alguacil mayor, y no se me ha de tratar de esa suerte.

Ea, acabe; arrime.

Tome, señor, la vara, que hoy vuesa merced me parece que manda.

Vayase. (Váse el Alguacil primero.)

Ahora me ha de valer la amistad que tengo con Pedro Hernández en que a mí no me hará arrimar la vara.

Señor alguacil menor, arrime también la vara.

¡Cómo, cómo! ¿Pues a mí, señor Pedro Hernández? Qué, ¿ya no se acuerda de la amistad vieja?

Ea, arrime: acabe, que hoy yo mando.

Tome, señor; vela ahí la vara.

Vayase. (Váse el otro Alguacil.)

¡Oh, qué bien que lo hace Pedro Hernández! Ahora sí que se valdrán las varas, que no quedaremos en todo este lugar sino Pedro Hernández y yo.

Ea, señor; arrime él también.

¿Pues yo también, Pedro Hernández? Qué, ¿no ha de valer nada la amistad y compadraje, señor Pedro Hernández?

Ea, acabe, arrime.

Mire, señor Pedro Hernández, que soy alguacil viejo, y no es razón que ahora anime la vara.

Ea, acabe; arrime, y no tenga tantas razones.

Tome, señor: vé ahí la vara.

Vayase. (Váse el Alguacil tercero.)

Digo, Pedro Hernández, que me habéis dado el mayor gusto del mundo de ver de la manera que habéis despedido a todos los alguaciles.

¡Señor!

¿Qué queréis?

Que arrime.

¿Cómo que arrime?

La vara.

¿Pues yo, Pedro Hernández?, ¿qué? ¿Daisos a entender que soy yo alguacil?

Ea, arrime.

Ahora bien; mi palabra no puede volver atrás. Hoy yo he dicho que podéis hacer y deshacer. Toma, señor, veis ahí la vara.

Vayase. (Vise el Corregidor.) Y ellos en acabando la comedia, vayanse.

(Aquí se acaba el quinto entremés cogiendo Pedro Hernández todas las varas, y se las carga y entra.)